

MACHADO LECTUS



www.editorialmachado.com

Simon Leys

GEORGE ORWELL
O EL HORROR A LA POLÍTICA

Traducción de
Marisa Pérez Colina

Seguido de

REBELIÓN Y CONSERVADURISMO.
LAS LECCIONES DE *1984*
de Jean-Claude Michéa

Traducción de
Isabelle Marc Martínez

MACHADO LECTUS

Número 14

EDITA **A. Machado Libros**

editorialmachado@machadolibros.com • www.editorialmachado.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Orwell ou l'horreur de la politique*

© de la traducción de *George Orwell o el horror a la política*: Marisa Pérez Colina

© de la traducción del texto de Jean-Claude Michéa: Isabelle Marc Martínez

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-397-2

DEPÓSITO LEGAL: M-28.193-2023

Impreso en España

Índice

<i>George Orwell: contra el secuestro de lo real</i> , Amador Fernández-Savater	9
<i>George Orwell o el horror a la política</i>	15
Anexo I: Algunos escritos de George Orwell	67
Anexo II: Carta de Evelyn Waugh a George Orwell acerca de <i>1984</i>	85
Anexo III: El asunto de «la lista negra»	89
<i>Rebelión y conservadurismo. Las lecciones de 1984</i> , Jean-Claude Michéa	93

George Orwell:

Contra el secuestro de lo real

Amador FERNÁNDEZ-SAVATER

Albert Camus, George Orwell, Hannah Arendt, Cornelius Castoriadis... Sus nombres evocan voces intempestivas que a lo largo de décadas gritaron contra la realidad incomodando a izquierda y derecha. No en vano rehuyeron inscribir su pensamiento y su palabra en la polarización Este-Oeste que organizó el mapa de lo posible (lo que se podía hacer, ver, sentir) durante el siglo XX. Más bien todo lo contrario. Señalaron con mucha claridad y fuerza cómo la polarización entre ambos bloques secuestraba la realidad, convirtiendo al mundo entero en rehén. Espectador pasivo de su suerte, sometido a perpetuo chantaje entre distintos poderes que le prometen la salvación, el rehén es la figura de la imposibilidad de la acción. Ha perdido su capacidad de hacerse cargo por sí mismo del mundo, de transformar la realidad. Su existencia depende de un juego de manipulaciones y cálculos de poder entre agentes indiferentes a su destino y en los que él no puede intervenir.

Preservar la autonomía y la singularidad de su palabra no condenó a ninguno de ellos al aislamiento del rehén, aunque fuese eso mismo lo que pretendiesen los poderes (políticos, culturales, etc.) que participaban entonces más activamente en el secuestro de lo real. Por el contrario, el timbre y la entonación de sus voces tan personales se fue afilando en el seno de experiencias y luchas colectivas que pugnaban entonces por *abrir la realidad*, agujereando la política de bloques («conmigo o contra mí») y haciendo emerger una alteridad radical, irreductible a la polarización. A través de esas luchas los dos bloques en conflicto revelaban, como decía Guy Debord, la «unidad de su miseria»: una base común (que no idéntica) de explotación del trabajo, opresión política y alienación de las capacidades hu-

manas. España 1936, Berlín 1953, Hungría 1956, Mayo del 68..., son las fechas emblemáticas, pero la alteridad radical se afirmaba cotidianamente en luchas obreras, objetores de conciencia, rebeliones anticolonialistas, movimientos estudiantiles, revueltas de mujeres, etc. El gesto de aquellas voces intempestivas no era exactamente el del intelectual que se compromete con una causa, apoyándola exteriormente como el que firma un manifiesto, sino más bien el acto de implicación de quien se deja envolver completamente en un combate, lo acompaña con su cuerpo borrando las distancias y se hace cargo de su fragor en el campo del pensamiento o la creación.

Por todo ello, nunca deja de resultarnos extraño, aunque no sea un fenómeno de ayer ni de antes de ayer, la *apropiación neoconservadora o liberal* de aquellas voces, que glorifica su lucidez, su valentía y honestidad, su capacidad de visión y anticipación, pero *solamente para criticar a la URSS*, reinscribiéndolas así de nuevo en la polarización (ahora, Democracia vs Totalitarismo) de la que pelearon por escapar¹. Esa apropiación liberal (a veces, liberal-libertaria) funciona difuminando planos enteros de la vida y el pensamiento de aquellas voces intempestivas: en primer lugar, se borran los términos que utilizaron para describir la organización social de los países occidentales (algunos tan actuales como «oligarquía liberal» de Castoriadis); en segundo lugar, se desdibuja *en nombre de qué* se criticaba el régimen soviético (el socialismo democrático de Orwell y Camus, la república de consejos de Arendt o Castoriadis), y en tercer lugar, se oculta de dónde –de qué espacios y experiencias colectivas– se extraían ideas, palabras, imágenes

¹ A ojos de algunos intelectuales y militantes de izquierda, que cantaron alabanzas largo tiempo a las virtudes emancipatorias de distintas dictaduras *sobre* el proletariado, esa apropiación liberal es la *prueba* definitiva de que aquellas voces jugaron siempre un partido interno a la disputa Democracia vs Totalitarismo y, por tanto, poco o nada tienen hoy que decir a una crítica del presente. *Siguen haciendo pinza.*

y fuerzas para la escritura, la creación y la crítica (el sentido del viaje de Orwell a Wigan Pier y España, el vínculo de Camus con el movimiento libertario, la inspiración que supuso para Arendt la insurrección húngara del 56, la militancia de Castoridis en el grupo Socialismo o Barbarie, etc.). Obrando así, nos atreveríamos a decir, no solo se pierde una pieza del puzzle biobibliográfico, sino las mismas costuras que sostienen el tejido entero de una vida y una obra. Por ejemplo, en el caso de Orwell, como explica Simon Leys en el siguiente ensayo, «la lucha antitotalitaria no fue más que el corolario de su convicción socialista».

Esa apropiación liberal, no se trata simplemente de denunciarla. Menos aún de entrar en ridículos litigios de propiedad o patrimonio. No, por un lado es importante restituir esas dimensiones emborronadas de que hablábamos. Volver a tejer lo que astutamente se ha descosido con el fin de separar nítidamente el «yo» de una voz singular y el «nosotros» abierto y transformador donde se inscribía y en el que se alimentaba. Pero, por otro lado, más importante aún es seguir *usando* su pensamiento, conectándolo con los problemas actuales de las prácticas de emancipación. El ensayo de Simon Leys sobre George Orwell que presentamos da pie a ambas cosas².

¿Cuál puede ser hoy la actualidad de George Orwell? Hasta 1989 estuvo muy claro. Orwell captó como casi nadie la esencia del totalitarismo: reescritura sistemática del pasado y supresión de la Historia (el mito del «Hombre Nuevo»), liquidación de la noción de verdad independiente u objetiva (la máxima totalitaria reza «todo es posible»), degradación del lenguaje y disolución de la lógica, inestabilidad permanente de las condi-

² Por cierto que Simon Leys fue en su momento otra de esas voces in-tempestivas que quebraron los consensos sobre lo que podía pensarse y lo que no: su ensayo de 1971 sobre la China maoísta (*Los trajes nuevos del Presidente Mao*, Barcelona, 1976) conmocionó la visión establecida en torno a la patria de la Revolución Cultural.

ciones de vida, tortura ilimitada del cuerpo y la mente, etc. Pero, ¿y después de 1989? Desde luego, el período Bush ha puesto en bandeja una actualización de los análisis de Orwell. Para la forma-Estado nacida tras el 11-S, la política es la continuación de la guerra por otros medios: define y designa al enemigo, construye un gran relato en torno a él («Occidente frente al Mal»), funciona mediante un Jefe soberano y la figura de «un solo Pueblo», emplea el miedo, la mentira y la muerte para sujetar, etc. Son todos ellos elementos que se pueden encontrar en las visiones de Orwell.

Otra lectura actual muy interesante de Orwell no se esfuerza tanto en encontrar en el presente los calcos de los mecanismos totalitarios de producción de miedo y seguridad, como en indagar con su ayuda lo que resiste por abajo en las cabezas y en los cuerpos. Orwell llamó en su famoso ensayo sobre Dickens «decencia común» (*common decency*) a ese fondo humano que resiste, al conjunto de disposiciones al apoyo mutuo, la fidelidad, la generosidad o la tolerancia (que no indiferencia). De hecho, la apuesta política por el socialismo democrático significaba para Orwell «trabajar en la construcción de una sociedad en la que la “decencia común” sea de nuevo posible». ¿Cómo no iba a tener entonces actualidad Orwell, si hoy el oportunismo, el cinismo y el miedo son las tonalidades afectivas que produce en masa en nuestra (pos)modernidad? Jean-Claude Michéa es una de las referencias principales de esa corriente que encuentra en la filosofía política de Orwell toda una «caja de herramientas para desmontar el imaginario capitalista» tal y como funciona hoy en día. Un artículo suyo cierra este libro, discurriendo precisamente sobre las lecciones políticas de *1984*, que no se reducen como se piensa muchas veces a la denuncia tópica del control total(itario), sino que nos hablan sobre todo del sentido de la *common decency* y del sentido del pasado como «infraestructura moral» para hacer frente, ayer, hoy y mañana, a la voluntad de poder.

El ensayo de Leys sugiere otras vías de actualización posibles de Orwell, vinculadas, por ejemplo, a la cuestión contemporánea de la «crisis de palabras», tal y como la nombró Daniel Blanchard en el libro homónimo de Acurela.

Justo cuando las grandes ideologías que se disputaban el control de nuestra alma en la época de Orwell han caído, nos hemos quedado sin palabras para morder la realidad, nombrar nuestro malestar y decir lo que queremos. Las palabras parecen hoy incapaces de abrir la realidad, de sacudir la impotencia y la indiferencia con que se cierra. Infinitamente reversibles, han perdido su credibilidad y su fuerza (que son lo mismo).

¿Qué ha pasado? El problema de la «crisis de palabras» remite profundamente al desencuentro entre palabra, experiencia y pensamiento. En el espacio que se abre en ese desencuentro, en lugar de hablar nosotros, *somos hablados* por distintos lenguajes (administrados por sus expertos y especialistas) que se hacen cargo de definir y describir la realidad en nuestro nombre: el lenguaje mediático define la actualidad; el lenguaje publicitario nombra nuestros deseos; el lenguaje terapéutico describe nuestro malestar; el lenguaje securitario habla de nuestros miedos; el lenguaje empresarial de las competencias dice nuestras capacidades, etc.

Es el triunfo del estereotipo: la palabra convertida en consigna, convertida en respuesta automática, convertida en orden, convertida en código mercantil, convertida en permanente suspensión y aplazamiento de los problemas. Cada desencuentro entre palabra, experiencia y pensamiento produce un estereotipo. Como un desierto que produce más desierto. Y ese mismo desacople ha desarticulado también el pensamiento crítico que, al no asumir positiva y creativamente la crisis de palabras, se limita a repetir las que funcionaron en su día para abrir la realidad y hoy también han cristalizado en estereotipos.

El problema no es rescatar la «autenticidad» de las palabras frente a su «falsificación». No hay palabras cargadas de verdad más allá de todo contexto, de toda situación, de todo uso. La

verdad es un encuentro, un momento de coincidencia entre palabra y experiencia. Ese encuentro hay que suscitarlo una y otra vez, no se puede confiar en una coherencia ya dada entre el signo y el sentido. Para Orwell, como enseña Simon Leys, producir ese encuentro –*mediado por la imaginación*– era precisamente el trabajo de la literatura.

Se conoce la extrema sensibilidad de Orwell a los estereotipos, las ortodoxias y las líneas (cor)rectas, «con toda la deshonestedad y la pusilanimidad que implica someterse a ellas». Era parte de *su horror a la política*. La «lengua de madera» le provocaba instintivamente sarpullido en la piel. Normal, la había podido ver desde muy de cerca funcionando como arma en Cataluña, cuando los estalinistas fabricaron con ella la justificación necesaria para depurar (o «vaporizar», como se dice en 1984) al POUM y la CNT. Abstracciones y etiquetas cargadas de odio, que difunden la sospecha, el estigma y el miedo. Retóricas que secan la fuente viva, concreta y encarnada de la palabra, su dimensión *común*. La célebre «neolengua» de 1984 es precisamente un lenguaje enteramente hecho de estereotipos, cuyo solo uso excluía de antemano toda posibilidad de pensamiento independiente, toda *contestación*. Esa experiencia grabó a fuego en su cuerpo una decisión: luchar a muerte contra los clichés que se nos imponen como obvios, las etiquetas que deshumanizan la realidad (suprimiendo matices, sombras, contradicciones) y los automatismos que «nos reducen al estado de gramófonos». Así concibió su teoría y su práctica de la escritura: contra el secuestro de lo real a manos de los estereotipos, la invención de la verdad y la complicación de la realidad a través de la literatura. Porque, como dicen los anónimos autores de cierto *Llamamiento*, «las ficciones son cosas serias. Necesitamos ficciones para creer en la realidad de lo que vivimos».

amador@sindominio.net
(Acuarela Libros, noviembre 2009)

SIMON LEYS

GEORGE ORWELL

O EL HORROR A LA POLÍTICA

Nota del autor

Esta es la reedición de un ensayo publicado en 1984 y agotado desde hace algunos años. He conservado la forma original de mi texto limitándome a corregir algunos detalles (faltas materiales) y a indicar en notas al pie algunas actualizaciones, así como cierta información bibliográfica complementaria. Las notas donde figuran estos añadidos llevan un asterisco. En el Anexo I he añadido una rúbrica, «Derecha e izquierda», extraída de una carta de Orwell todavía inédita en el momento en que redactaba mi ensayo. Por último, en un nuevo Anexo III se encontrará un breve resumen del asunto de la «lista negra» —la última, cronológicamente, de las calumnias maquinadas por los enemigos de Orwell.

S. L. (Canberra, mayo de 2006)

Cuesta creer que Orwell lleve ya treinta y cuatro años durmiendo en su pequeño cementerio rural^{2*}. Este muerto sigue hablándonos con más fuerza y claridad que la mayoría de los comentaristas y políticos cuya prosa podemos leer en el periódico de esta mañana. Y, sin embargo, Orwell sigue siendo en Francia, si no desconocido, sí al menos ampliamente malentendido. ¿Esto es solo un efecto del incurable provincianismo cultural de este país?^{3*}. De hecho, el malentendido que lo rodea aquí debe de tener igualmente causas políticas, similares quizás a las que en su día permitieron a Sartre y a De Beauvoir excomulgar durante tantísimo tiempo de las filas de la *intelligentsia* biempensante a un Camus o a un Koestler, culpables de la misma lucidez.

Cuando los franceses leen a Orwell lo hacen, en general, desde un punto de vista digno del *Reader's Digest*: su obra queda entonces reducida a un 1984⁴ privado de su contexto y arbitra-

¹ Citado por Julien Green, *La lumière du monde*, París, 1983, p. 327.

² Orwell murió de tuberculosis el 21 de enero de 1950, con cuarenta y seis años de edad. En su testamento había pedido ser enterrado según el rito de la Iglesia Anglicana –probablemente menos por convicción religiosa (profesaba no tener ninguna) que por apego sentimental a la tierra y costumbres de la vieja Inglaterra–. Su tumba se halla a la sombra de la Iglesia de Todos los Santos, en Sutton Courtenay, en el Berkshire.

* En el entretanto, estos treinta y cuatro años se han convertido en más de medio siglo...

³ * No obstante, es preciso aplaudir ahora los esfuerzos de dos editores: Ivrea ha publicado una traducción francesa de los cuatro volúmenes de los *Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (traducidos por Anne Krief, Bernard Pecheur y Jaime Semprún), y Climats, una traducción francesa de la mejor biografía de Orwell, la de Bernard Crick (*George Orwell, une vie*, traducida por Stéphane Carretero y Frédéric Joly). Climats ha publicado asimismo dos estudios de Jean-Claude Michéa, *Orwell, anarchiste tory* y *Orwell éducateur*.

⁴ 1984, trad. R. Vázquez, Barcelona, Destino, 2003. [N. de la T.]

riamente reducido a las dimensiones de una máquina de guerra anticomunista. Se suele ignorar, y con demasiada frecuencia, que si Orwell emprendió su lucha antitotalitaria fue *en nombre del socialismo* y que el socialismo no era para él una idea abstracta, sino una causa que movilizaba todo su ser y por la que, de hecho, había combatido y arriesgado su vida en la guerra de España.

El propio Orwell observó pertinentemente: «Lo que hace que las gentes de mi especie comprendan mejor la situación que los supuestos expertos no es el talento de predecir acontecimientos específicos, sino la capacidad de captar en qué clase de mundo vivimos»⁵. Y es, efectivamente, en este tipo de percepción donde él asentaba su autoridad: a diferencia de los especialistas cualificados y de las eminencias tituladas, él veía lo evidente; a diferencia de los políticos sagaces y de los intelectuales de moda, él no tenía miedo de nombrarlo; a diferencia de los politólogos y de los sociólogos, él sabía decirlo en un lenguaje inteligible.

Esta capacidad tan rara lo armaba de una certeza que, aunque desprovista de arrogancia, no dejaba, llegado el caso, de mostrarse con una mordacidad bastante feroz. Él mismo llegó a tomar conciencia de su propia «brutalidad intelectual»⁶ pero,

⁵ *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (que, en lo sucesivo, designaremos con la abreviatura *CE*), Londres, 1968, vol. II, p. 345.

⁶ Usó esta expresión en una carta dirigida a Stephen Spender. Tras recordar a este último cómo lo había atacado en una época en la que aún no lo conocía, prosigue así: «[...] cuando tuve finalmente la oportunidad de conocerlo, aunque no me hubiera parecido simpático, me habría visto fatalmente obligado, de todas formas, a cambiar mi actitud a su respecto, porque cuando se conoce a alguien de carne y hueso uno se da inmediatamente cuenta de que es un ser humano y no una suerte de caricatura que encarna ciertas ideas. Esta es, en parte, la razón por la que no frecuento en absoluto los ambientes literarios, ya que sé por experiencia que desde el momento en que conozco a una persona cualquiera, y después de haber hablado con ella, me vuelvo definitivamente incapaz de tratarla con brutalidad intelectual, aun cuando me sienta en el deber de hacerlo –al igual que esos diputados laboristas perdidos para siempre para la causa del Partido después de haber recibido una palmadita en el hombro de la mano de un duque» (*CE I*, pp. 32-33).

más que una falta, consideraba que su ejercicio era un deber. Y podía abandonarse a ella sin caer en el dogmatismo ni pecar por buena conciencia, pues la certeza que lo habitaba no era fruto de una *simplificación* arbitraria, sino de una auténtica *simplicidad* —la del niño que en medio de toda una multitud de cortesanos exclama que el Emperador está completamente desnudo. (Señalemos entre paréntesis que Orwell tenía una predilección especial por el cuento de Andersen y que llegó a fantasear con hacer una transposición moderna del mismo)⁷. De hecho, este aspecto de su personalidad no pasó desapercibido para algunos buenos críticos contemporáneos: así, en su memorable retrato de Orwell, V. S. Pritchett llegó a la conclusión de que este tenía «la inocencia de un salvaje»⁸.

⁷ Recogido por Christopher Small, *The Road to Miniluv: George Orwell, the State and God*, Londres, 1975, p. 212.

⁸ Esta observación figura en la reseña de *El león y el unicornio y otros ensayos* (trad. M. Martínez-Lage, Madrid, Turner, 2006, p. 170) que V. S. Pritchett publica en 1941 en *The New Statesman and Nation* —que era, de hecho, una de las bestias negras de Orwell—. Citado por Bernard Crick (*George Orwell: A life*, Londres, 1980, p. 280), el pasaje merece ser reproducido íntegramente: «El Sr. George Orwell posee varios de los rasgos característicos de los mejores panfletistas ingleses: coraje, espíritu independiente, opiniones enérgicas, instinto peleón, el arte de apelar a esa criatura imaginaria conocida como “hombre racional” y el arte de combinar observaciones originales con generalizaciones descorteses, de ver enemigos en todas partes y de despreciarlos a todos. Como aquellos dos famosos panfletistas clásicos, Cobbett y Defoe, poseedores ambos de esa forma de patriotismo subversivo y anticonformista, Orwell escribe en un estilo claro y fluido que despierta al lector como un jarro de agua fría en la cara. El acicate es a veces estimulante y otras notablemente exasperante. Porque el Sr. Orwell no es más tierno con sus amigos que con sus enemigos y, en nombre del sentido común, es capaz de exagerar con la simplicidad y la inocencia de un salvaje. Tiene el mérito de decir cosas que han de decirse, pero comete el error de hacerlo sin envolverlas en los miramientos que algunas de ellas exigirían. Pero, ¡al diablo con las precauciones! Un panfletista debe disparar al blanco y ¡qué se le va hacer si hay espectadores con la mala suerte de perderse en la trayectoria de sus flechas! Los estándares de precisión y pertinencia del Sr. Orwell son dignos de Bernard Shaw, el mayor panfletista

Simplicidad e inocencia son cualidades que pueden agraciar de forma natural a niños y salvajes, pero ningún adulto civilizado sería capaz de alcanzarlas sin someterse primero a una disciplina bastante rigurosa. En Orwell estas virtudes coronaban una honestidad tremenda, intolerante con la más mínima distancia entre palabra y acción. Era esencialmente verdadero e intachable. En él, el escritor y el hombre formaban una misma persona —y, en este sentido, era el exacto contrario de un «hombre de letras». Algo que, de hecho, puede explicar la paradójica pero sólida amistad que lo unía, por ejemplo, a un Henry Miller. Aparentemente, no había nada más incongruente que ese comercio entre el severo profeta del apocalipsis totalitario y el cantor rabelaisiano de la liberación sexual. En realidad, cada uno había reconocido la autenticidad del otro: en ambos, la escritura estaba avalada por los actos.

Y esta es precisamente la razón por la que nuestro deseo de conocer en detalle su biografía —deseo ahora satisfecho de forma magistral y definitiva por el estudio de Bernard Crick—⁹* no res-

de nuestra época, a quien, de hecho, recuerda. Baste con ofrecer aquí un solo ejemplo típico, extraído de *El león y el unicornio*: “Es algo extraño, pero es incuestionablemente verdad que prácticamente cualquier intelectual inglés se avergonzaría más de ponerse firme mientras se entona el ‘Dios salve al Rey’, himno nacional, que de robar la limosna de los pobres”. En esta frase, es la palabra “incuestionablemente” la que me parece particularmente deliciosa”.

El tema de la «simplicidad» reaparece como un *leitmotiv* en los testimonios de sus amigos y compañeros: «Había en él algo *muy inocente y terriblemente simple*. No era para nada psicólogo» (Paul Potts, citado por Crick, p. 321). «Uno de los aspectos más simpáticos de su personalidad era su *simplicidad infantil*» (Julian Symon, citado por Crick, p. 303). «Orwell tenía un espíritu esencialmente *simple* [...] y nunca consideraba más de un aspecto de los problemas a la vez» (Richard Rees, citado por Crick, p. 160).

⁹ Bernard Crick, *George Orwell: A life*, Londres, 1980. He traducido personalmente todas las citas extraídas de Crick, de Orwell y del resto de autores que figuran en el libro.

* Los estudios acerca de Orwell han seguido multiplicándose. Citemos, en particular: Peter Davison, *George Orwell, a Literary Life*, Londres, 1996; Gor-

pondría a una curiosidad ociosa. Su vida fue ciertamente menos importante que su obra, pero también garante de la misma.

La simpatía admirativa de Crick por el objeto de su libro no es ciega. Crick considera a Orwell «un hombre *casi* genial»¹⁰: el matiz es importante y acertado —y demuestra asimismo la sobria lucidez del biógrafo. Pero tampoco intenta eludir algunos aspectos menos atractivos (veniales, de hecho) de la personalidad de Orwell. Con tacto y firmeza, pero sin vacilaciones, Crick no duda en ponerse a hurgar en todos sus desvanes, incluso en los más oscuros y secretos. En consecuencia, lo que sorprende al término de esta exploración meticulosa y profunda es que este hombre que protegía tan celosamente su vida privada no tenía, en el fondo, nada que ocultar. «Santidad» es una palabra que biógrafos anteriores y testigos tuvieron a menudo la tentación de usar para referirse a él, pero se trata, evidentemente, de una noción que repugna a un investigador tan objetivo y concienzudo como Crick. El propio Orwell sentía una saludable desconfianza hacia los santos, como expresó con claridad en su memorable ensayo sobre Gandhi: «Ser humano significa, esencialmente, que no se busca la perfección; que, por fidelidad misma, se está algunas veces dispuesto a cometer pecados; [significa] negarse a llevar el ascetismo hasta el punto en que haga imposible la amistad y, en definitiva, estar dispuesto a dejarse vencer y quebrar por la vida —inevitable precio a pagar por todo aquel que asume el riesgo de amar a otros individuos»¹¹. Pero hay aquí una paradoja que atrae inmediatamente nuestra atención: las rigurosas y extremas exigencias que se imponía a sí mismo representaban precisamente una «búsqueda de perfección». Orwell aceptó «llevar el ascetismo»

don Bowker, *George Orwell*, Londres, 2003; D. J. Taylor, *Orwell, the Life*, Londres, 2003; Jeffrey Meyers, *George Orwell, Wintry Conscience of a Generation*, Nueva York, 2001. Cada uno de estos diferentes trabajos tiene sus propios méritos, pero el trabajo de Crick sigue siendo fundamental e irremplazable.

¹⁰ *Ibid.*, p. 325.

¹¹ «Reflections on Gandhi», *CE IV*, p. 467.

hasta un punto algunas veces rayano en el masoquismo y que, si no provocó exactamente la huida de sus amigos, sí contribuyó al menos a terminar con su propia vida. La vida, en definitiva, no logró ni vencerlo ni quebrarlo, pero no cabría decir lo mismo de la que «asumió el riesgo de amarlo», su primera mujer, una personalidad admirable que murió de cáncer literalmente ante sus ojos sin que él se diera cuenta, sumido como estaba en la preocupación que le causaban los sufrimientos del género humano. Richard Rees, que lo conoció íntimamente y lo amó con una amistad profunda, llegaba a la siguiente conclusión: «Si la materia prima del heroísmo consiste parcialmente en una suerte de egoísmo purificado y sublimado, cabe esperar que el paso por la vida de un hombre dotado de un carácter superior deje una estela más turbulenta que la modesta travesía de un hombre ordinario»¹². Para su entorno inmediato, un inocente del calibre de Orwell es evidentemente más temible que un cínico.

«Cuando un escritor elige otro nombre para su yo que escribe, hace mucho más que inventar un seudónimo; nombra y, en cierto sentido, crea su identidad imaginaria.» Esta observación de Samuel Hynes (formulada a propósito de Rebecca West)¹³ podría aplicarse perfectamente a Orwell. El proceso por el que Eric Blair se convirtió en George Orwell fue sutil y

¹² Richard Rees, *George Orwell, Fugitive from the Camp of Victory*, Londres, 1961, p. 154. Evidentemente, el modesto librito de Rees solo es un boceto impresionista que, desde el rigor de la información biográfica, no podría rivalizar con el estudio completo y profundo de Crick. Su lectura no deja de ser, sin embargo, muy iluminadora. Rees era un hombre sensible y sutil, y fue uno de los pocos amigos verdaderamente íntimos de Orwell; nutrido por la experiencia, la inteligencia y el afecto, su testimonio es particularmente precioso.

¹³ Afirmación citada por Peter Stansky y William Abrahams en *Orwell: The Transformation*, Londres, 1979, p. 4. El estudio de Stansky y Abrahams (cuyo primer volumen se titula *The Unknown Orwell*, Londres, 1972) es elegante y atractivo, pero incompleto (se detiene en 1937) y no del todo exento de errores. Pese a sus méritos incuestionables, la obra de Crick lo ha superado ahora definitivamente.

progresivo –y quizá no se terminó de completar ni tampoco hubiera podido hacerlo, por definición–. Crick lo describe muy bien: «Esta parte “Orwell” de sí mismo era para Blair una imagen ideal que debía tratar de alcanzar: una imagen hecha de integridad, de honestidad, de simplicidad, de convicción igualitaria, de vida frugal, de escritura desnuda y de verbo franco; en una palabra, el ideal de un hombre completamente determinado a enunciar verdades difíciles de decir»¹⁴.

Orwell había prohibido en su testamento que se escribiera su biografía. Esta prohibición no reflejaba simplemente una convicción que ya había expresado anteriormente: «Vista desde dentro, ninguna vida sabría consistir en algo más que en una serie de derrotas demasiado humillantes y desoladoras hasta para una simple contemplación»¹⁵. Más profundo quizá era el hecho de que «George Orwell» encarnaba para él un imperativo ético y estético ante cuyo modelo Eric Blair solo podía

¹⁴ Crick, p. XXII. Antes que él, Tosco Fyvel había descrito muy bien esa dicotomía Blair/Orwell:

«No aventuro aquí más que una hipótesis y quizá descifre en ciertos indicios más de lo que de hecho significaban, pero tuve a menudo la impresión de que “George Orwell” era una máscara de escritor con la que él se cubría, así como antes, en Birmania, se había puesto la de Sahib. En él siempre había un contraste conmovedor entre, por una parte, el rechazo implacable de todo compromiso, que manifestaba en sus opiniones políticas, y por otra, sus maneras afables en el ámbito privado, su actitud tolerante y complaciente en sus relaciones personales y profesionales. Estos dos personajes nunca estaban verdaderamente en armonía. Su propia apariencia tenía un aspecto singularmente heterogéneo. Vestía en parte como un colono deslustrado, en parte como un seudoobrero francés (contemporáneo de su época parisina), con sus camisas azul oscuro, su bigotillo y sus cigarrillos liados de tabaco negro y acre. Quizá la creación “George Orwell”, ese personaje no del todo real y diferente de Eric Blair, le daba un vigor especial como escritor.»

Fyvel había conocido muy bien a Orwell en los últimos años de su vida (véase igualmente *infra*, p. 37, nota 1). Crick refuta la existencia de tal dicotomía (pp. 278-280), pero, paradójicamente, proporciona cierto número de elementos que sostienen, de hecho, el punto de vista de Fyvel.

¹⁵ Citado por Crick, p. XXIX.

aparecer, si no inadecuado, sí al menos despojado de pertinencia. Entre la abstracción ideal del personaje público y la insuficiencia irrisoria de la persona privada, ¿dónde encontrar un terreno en el que un biógrafo pudiera edificar su obra?

En plena madurez de su talento, Orwell se definió a sí mismo como «un escritor político —dando el mismo peso a cada una de estas dos palabras—. Pero lo realmente curioso es que, tanto en política como en literatura, solo encontró su camino después de largas vacilaciones. Siempre había tenido la certeza de que sería escritor¹⁶, pero sus primeros intentos serios en el ámbito de la creación literaria se saldaron con unos fracasos lamentables: no solo no sabía *cómo* escribir, sino que tampoco sabía *qué* escribir (todos los manuscritos de sus primeras novelas y relatos acabaron perdidos o destruidos). Solo después de largos años de esfuerzos obstinados y aparentemente sin esperanza, con treinta años de edad, la escritura de *Sin blanca en París y Londres* le reveló, por fin, su propia visión y su propia voz —aunque no consiguiera sostenerlas de forma continuada a lo largo del libro. Henry Miller la consideraba su obra maestra. Esta opinión puede ser cuestionable, pero lo que es seguro es que, pese a algunos altibajos, *Sin blanca en París y Londres* tiene una importancia capital. Orwell creó en ella una nueva forma que llevaría más adelante a su perfección (en dos libros, *El camino de Wigan Pier* y *Homenaje a Cataluña*, así como en ensayos cortos como *Matar a un elefante* y *Un ahorcamiento*)¹⁷ y que sigue siendo, en el plano

¹⁶ «Muy pronto, quizá ya con cinco o seis años, supe que, cuando creciera, sería escritor. Entre los diecisiete y los veinticuatro años me esforcé en abandonar esa idea, aunque era consciente de que, haciendo esto, estaba violentando mi verdadera naturaleza y me daba perfectamente cuenta de que tarde o temprano habría de sentarme a mi mesa y ponerme a escribir libros.» («Por qué escribo», *CE I*, p. I.)

¹⁷ *El camino de Wigan Pier*, trad. E. Donato, Barcelona, Destino, 1982; *Homenaje a Cataluña*, trad. C. Pujol, Barcelona, Seix Barral, 1985; *Matar a un elefante y otros escritos*, trad. M. Martínez-Lage, Madrid, Turner, 2006.

puramente literario, su contribución estilística más original: la transmutación del periodismo en arte, la recreación de la realidad bajo el disfraz de un reportaje objetivo, minuciosamente apegado a los hechos (un buen cuarto de siglo después, Truman Capote y Norman Mailer malgastaron mucho tiempo peleándose por saber quién de los dos había creado la novela sin ficción: ¡olvidaban que Orwell inventó el género mucho antes que ellos!).

Cosa extraña, en vez de desarrollar y profundizar inmediatamente en el método recién descubierto, Orwell se apartó de él de forma momentánea y volvió a la novela tradicional. Los cuatro ejercicios ejecutados en ese ámbito más convencional (*Los días de Birmania*, *La hija del reverendo*, *Que no muera la aspidistra*, *Subir a por aire*)¹⁸ presentan un verdadero interés, pero si hoy seguimos leyéndolas es, en parte, debido al complemento de información que nos aportan sobre la personalidad y el pensamiento de Orwell; pese a sus indudables cualidades, me pregunto si en caso de llevar otra firma se seguirían reeditando en la actualidad^{19*}.

Si sus comienzos literarios fueron lentos, costosos y vacilantes, más tiempo aún le llevó descubrir su vocación política. Cuando se considera el propio tema de su primer libro publicado —una inmersión en los bajos fondos del subproletariado para explorar la condición de los jornaleros, los vagabundos y los mendigos—, sorprende, de hecho, el carácter singularmente

¹⁸ *Los días de Birmania*, trad. M. Piñón, A Coruña, Ediciones del Viento, 2003; *La hija del reverendo*, trad. E. Palomo de Valente, Madrid, Alianza Editorial, 1984; *Que no muera la aspidistra*, trad. C. Salmerón, Barcelona, Tusquets, 2008; *Subir a por aire*, trad. E. Donato, Barcelona, Destino, 1984.

¹⁹ * Hoy me retracto de esta idea, al menos en lo que atañe a *Subir a por aire*. Pese a su torpeza, esta novela se lee como un ensayo soberbio que desarrolla algunos de los grandes temas orwellianos. Escrito en 1939, este libro que describe un mundo envenenado por la *fast-food* y saqueado por los promotores inmobiliarios presenta acentos proféticos para un siglo XXI obsesionado por la doble pesadilla de la superpoblación y el desastre ecológico. (Y su *incipit* es memorable: «Comencé a pensar en ello el día que estrené la nueva dentadura postiza» [*Subir a por aire*, op. cit., p. 11].)

apolítico de *Sin blanca en París y Londres*. Esta observación puede aplicarse asimismo a sus primeras novelas. Enmarcada en el mundo colonial, *Los días de Birmania* no es una novela más política que, por ejemplo, *Pasaje a la India* (de hecho, la forma igualmente despiadada en que Orwell trata la sociedad colonial y la sociedad birmana podría constituir una paráfrasis de las palabras de E. M. Forster: «La mayor parte de los indios, como, por lo demás, la mayor parte de los ingleses, son una mierda»)²⁰. Si la política interviene en ella es simplemente porque era parte integrante de la realidad observada.

La conversión de Orwell al socialismo sobrevino relativamente tarde en su carrera, cuando ya se había ganado una reputación literaria muy respetable con cuatro libros publicados. En 1936, casi por accidente, a un editor de izquierdas se le ocurrió la idea de encargarle de improviso una suerte de investigación acerca de la condición obrera en el norte industrial de Inglaterra en el momento de la Depresión. Su visita solo duró algunas semanas, pero este encuentro con la injusticia social y la miseria fue para él una revelación que lo removió honda y definitivamente. Su «iluminación» socialista fue tan repentina y total como el *satori* de un adepto zen —o, si se prefiere, *El camino de Wigan Pier* fue su camino de Damasco—. Estas metáforas pueden parecer fuera de lugar si se considera su profunda alergia a toda forma de religión (en particular, no ahorró nunca sarcasmos hacia cierta mística socialista que, según sus palabras, tenía el don de atraer «con fuerza magnética a todo bebedor de zumos

²⁰ Carta de Forster (1922) a un amigo indio acerca de la escritura de *Pasaje a la India* (trad. J. L. López Muñoz, Madrid, Mediasat Group, 2002): «Cuando comencé a escribir este libro quería que fuera un pequeño puente de simpatía entre el Este y el Oeste, pero después tuve que abandonar esta idea, pues mi sentido de la verdad me impidió una solución tan confortable. Estoy convencido de que la mayor parte de los indios, como, por lo demás, la mayor parte de los ingleses, son una mierda y me es indiferente si simpatizan entre ellos o no». (Citado por P. N. Furbank, *E. M. Forster: A Life*, Oxford, 1979, vol. II, p. 106.)

de fruta, nudista, maníaco sexual, cuáquero, curandero naturalista, pacifista y feminista de Inglaterra») ²¹. Sin embargo, solo la referencia a una experiencia religiosa parece capaz de dar adecuadamente cuenta del carácter instantáneo, absoluto e inquebrantable de su compromiso. Continuando con la imagen Zen recién sugerida, es preciso añadir, por otra parte, que si bien su conversión afectó de forma decisiva la totalidad de su vida y de su ser, él siempre se dispensó resueltamente de liturgias, oficios, ritos y Escrituras: llegado el caso, y para gran desasosiego de sus cofrades más convencionales, Orwell se revelaba verdaderamente como uno de esos frailes iconoclastas e inspirados que, para calentar el convento en una fría noche de invierno, no dudan en coger un hacha y hacer leña de las estatuas santas.

Él no vivió la experiencia de Wigan Pier como un simple espectador. Su capacidad empática le permitió vivir *desde dentro* lo que Simone Weil denominó sobria y terriblemente «la desgracia» cuando quiso describir la suerte de devastación radical, el aniquilamiento del alma padecidos durante su experiencia como obrera de fábrica. Dicho sea de paso, este no es el único lugar donde Orwell nos hace pensar en Simone Weil. Como ya ha sido subrayado por varios críticos, existen similitudes llamativas entre ambas figuras ²²: no solo tuvieron una trayectoria parecida (revelación de la condición obrera, com-

²¹ *El camino de Wigan Pier*, op. cit., p. 25.

²² Christopher Small desarrolló esta comparación en *The Road to Mini-luv* (citado más arriba) y Richard Rees la sugirió en el propio título de su ensayo, *George Orwell, Fugitive from the Camp of Victory*, que es una paráfrasis de una idea de Simone Weil: «Si sabemos por dónde está desequilibrada la sociedad es preciso hacer cuanto podamos para añadir peso al plato demasiado liviano... Pero hace falta haber concebido primero el equilibrio y estar siempre dispuesto a cambiar de lado, como la justicia, esa fugitiva del campo de los vencedores» (*Cahiers*, vol. III, p. 84 [*Cuadernos*, C. Ortega, Madrid, Trotta, 2006]). Rees ya había sugerido anteriormente un paralelismo entre *Poemas seguidos de Venecia salvada* de Simone Weil (trad. A. Muñoz, Madrid, Editorial Trotta, 2006) y *1984*, en *Brave Man*, Londres, 1958.